

## Goethe y la Filosofía

Por HONORIO DELGADO

Goethe se presenta a nuestra imaginación, ante todo como dechado de plenitud humana, en quien las excelencias se conciertan en armoniosa manifestación. Y su mejor influencia consiste en renovar en nuestra alma la visión virginal de las cosas y la proximidad mágica de las fuentes de la vida. Con las revelaciones de su genio el mundo se nos muestra más rico, más significativo, a la vez que más sorprendente y misterioso, y nosotros mismos experimentamos el despertar de disposiciones íntimas capaces de certificarnos acrecentamiento en profundidad.

Por cierto que lo mismo podemos decir de otros grandes poetas. Pues el vate no sólo descubre y crea belleza. Es inherente a su númen penetrar lo que el hombre es por excelencia. Su instinto, a la vez que espontaneidad creadora y expresiva, entraña percepción sutil y aliento fervoroso, veracidad radical e idealidad trascendente. Sólo estos dones, en grado eminente y en feliz conjunción, logran dar esplendor a la experiencia cotidiana, transmutando en acontecimiento maravilloso el hecho indiferente para el hombre común.

Es evidente que la concepción goethiana de la vida se distingue de la de los demás poetas en puntos capitales. Pero ya por su genérica calidad poética, la obra del insigne escritor alemán tiene importancia filosófica, pues poesía y filosofía se relacionan fundamentalmente. Una y otra son formas del despertar admirativo del alma, experiencia de la vida hecha pensamiento, búsqueda del sentido profundo de la realidad, afán de coincidencia de la singularidad del ser con la universalidad de la idea, libre vuelo al par que rigurosa disciplina del espíritu en pos de lo absoluto.

En los límites con la poesía y con el arte en general — lo mismo que frente a la ciencia y a la religión — la filosofía, sin perjuicio de

determinar lo propio de su contenido y la peculiaridad de su tarea, reconoce las influencias que recibe. Nadie puede negar la de la musa. El fondo de toda filosofía, la raíz de todo conato especulativo en el campo de la metafísica consiste siempre en una interpretación del mundo y del espíritu cuyo contenido último es de naturaleza poética : imagen completiva hecha de aspiraciones y sentimientos fundamentales de la existencia. Con el mito y con el tropo comienza la genealogía de los sistemas filosóficos, y con la poesía lírica, la inspiración del filosofar no sistemático. Incluso las ramas especiales de la filosofía, unas más otras menos, deben a la poesía intuiciones fecundas, anticipaciones certeras, y si no, nexos efectivos, analogías sugerentes o ejemplos luminosos. Si esto no bastara, ahí está la historia de la metafísica, que nos muestra a sus primeros cultivadores formulando en verso sus teorías.

No quiero dar a entender que la poesía influya únicamente sobre los filósofos. Influye filosóficamente sobre todos los hombres sensibles que se complacen en conocer la producción de los poetas. Singularizando, no cabe duda que Goethe contribuye a formar el espíritu de los lectores selectos de sus obras, no sólo en el sentido estético, con el ritmo y la belleza, sino en el orden de las ideas directivas, con el contenido intelectual y moral, con el valor de la verdad y la doctrina ínsitas en los personajes. Y si semejantes lectores encuentran encantadoras, patéticas o brillantes sus ficciones, ello contribuirá de algún modo a que entrevean su sentido metafísico : servirá para orientarlos respecto al principio y al fin de las cosas, al destino y a la libertad del hombre, en una palabra, condicionará sus reflexiones, su estimativa, su actitud íntima frente al ser.

Y si las obras de Goethe son objeto de especial afición por parte del lector, llegará éste a concebir su propia interpretación del mundo goethiano : plasmará su Goethe peculiar. Pues el sino y el privilegio de los grandes autores es producir impresiones originales en las almas. De ahí que sea inconcebible esperar una interpretación definitiva del *Fausto*, por ejemplo, o pedir un Goethe válido para todos los hombres de hoy. Que se estudie, en buena hora, desde los más diversos puntos de vista, a todas las luces, la obra y la vida del egregio poeta de cuyo nacimiento celebramos el segundo centenario. Pero sin pretender apriisionar su esencia en un libro "canónico", como se nos cuenta en *Las mil y una noches* que se encierran en frascos a gigantescos efrits.

Si quisiéramos explicar la relación de Goethe con la filosofía desde el punto de vista de la historia de las ideas, deberíamos comenzar con el examen de las influencias que revela haber recibido el sabio de

Weimar. Así nos embarcaríamos en una interesante tarea de cotejo de sus conceptos con la doctrina de los pensadores presocráticos, de Platón y Aristóteles, de los neoplatónicos y tantas otras corrientes de pensamiento, hasta llegar a Hegel, deteniéndonos largamente en Spinoza, cuya obra Goethe, en cierto modo, sacó del olvido. Tal no es nuestro propósito, sino concentrarnos en la concepción principal de Goethe, su acierto genial, preñado de consecuencias para la mentalidad moderna. Aludo a la idea del devenir: *das Werden* — "*das Werdende, das ewig wirkt und lebt*".

La intuición del devenir da potencialidad y tono a casi toda la producción goethiana; la anima como su fermento o principio vital, y confiere lozanía y superior realidad al contenido de sus concepciones. El puro sentimiento de contigüidad y amorosa simpatía con el proceso de la creación, cualidad inherente a la intuición del devenir, tiene la virtud de aproximar al investigador a la jugosa entraña de la realidad, con sus valores, en los actos de efectiva experiencia metafísica. Esto se patentiza en Goethe, y de modo más rigurosamente especulativo, en sus continuadores de la época contemporánea, sobre todo en Dilthey, Bergson, Simmel, Scheler, Klages, Spengler, Worringer y Spranger, para no mencionar sino a algunos afortunados descubridores en los campos más diversos de la filosofía. Con esto es fácil formar concepto del poder incitador de la idea germinal que en Goethe queda contenida dentro del arte y las teorías científicas acerca de la naturaleza.

No es nuestro intento considerar la influencia del autor del *Fausto* sobre los pensadores de ayer y de hoy, sino su propia actitud filosófica cifrada en el devenir. Sin embargo, sería falta inexcusable en esta efemérides no señalar la significación histórica de esa actitud. Gracias a ella el espíritu del hombre de Occidente se ha aproximado de nuevo al corazón del cosmos, al hontanar de la verdad, a "las madres", desdénando las secas construcciones de un pensamiento discursivo sin savia. Pues Goethe, así como llevó la literatura de su patria al ámbito universal, preparó el ambiente cultural que hizo posible el soberbio vuelo de los filósofos alemanes de las generaciones que siguieron a la suya, y su influencia se prolonga hasta en las innovaciones ideológicas que a muchos parecen hijas sólo del presente.

La idea goethiana del devenir comprende en primer lugar a la naturaleza. Lo original y fecundo en la visión del poeta naturalista es sentir vigorosa y profundamente el proceso vital de los seres, su bullir y medrar, el despliegue de sus virtualidades en gradual metamorfosis, según un orden arquitectónico de polaridad y simetría. Sus teorías morfológico-genéticas acerca de los órganos del vegetal y la estructu-

ra del cráneo de los vertebrados no constituyen sino especiales aplicaciones de su modo de ver la trascendencia del devenir en las obras de la naturaleza. Y lo que piensa respecto de la planta primordial (*Urpflanze*) es válido para su concepción del conocimiento del mundo orgánico: la *Urpflanze* es un símbolo, en el sentido de que lo particular representa lo general, no como una imagen fantástica o una sombra, sino como viva revelación actual de lo insondable.

Goethe no trata de explicar las infinitas posibilidades de la madre naturaleza, sino de calar la significación dinámica de sus manifestaciones concretas, atendiendo a la potencia ideal configuradora de la substancia. Su visión del devenir concuerda en cierto modo con la doctrina aristotélica de la entelequia, así como con la spinoziana de la *natura naturans*. Sin embargo, se diferencia de ellas en que no cae en la estrechez de una construcción deductiva. Ciertamente, aquí Goethe se mueve — como él mismo lo advierte — en aquella región en la cual se superponen la metafísica y la historia natural. Pero su percepción de los fenómenos consiste en tratar de adueñarse de la intimidad palpitante del objeto de conocimiento gracias al poder de simpatía del alma respecto de lo animado. Si Aristóteles y Spinoza intentan avanzar hacia lo insondable de la vida y el cosmos por modo discursivo, Goethe pone su conato en vislumbrarlo gracias a la contemplación directa y apasionada de sus manifestaciones, cierto de que el sentido superior de lo que llamamos descubrir es una revelación del interno devenir en la exterioridad del hecho sensible.

*"Natur hat weder Kern noch Schale,  
alles ist sie mit einem Male."*

Así, su reconocimiento de la textura ideal de la realidad se funda en una suerte de arte fisonómico enderezada a comprender la naturaleza a través de los signos de su expresión.

En realidad, este examen fisonómico de los seres, los procesos y el conjunto de la creación, que permite al espíritu ir más allá de la cáscara de las apariencias tangibles y mensurables, lo han practicado los naturalistas geniales de todos los tiempos, comenzando con Aristóteles. Y si su soberana efectividad no es reconocida, ello se debe a que, en la época moderna, damos mayor importancia a los métodos que ordenan e interpretan los datos de la experiencia analizando la conexión efectiva o hipotética de causas y efectos elementales. No obstante, hoy en día, nadie capaz de estudiar con amor a la naturaleza podrá afirmar que es un visionario quien preconiza su comprensión fisonómica. Sin ella careceríamos de la impresión más entrañable y misteriosa de la vi-

da. Esto, empero, no puede cegar al filósofo respecto a la utilidad de todos los otros procedimientos de investigación de los fenómenos naturales, sin excluir el número y la medida, por considerable que haya sido la aversión que profesara a las matemáticas el contrincante de Newton en materia de teoría de los colores.

Pasemos ahora a considerar el otro gran aspecto de la intuición goethiana del devenir. Comprende el mundo allende la naturaleza, esto es : la vida espiritual de la humanidad, sus configuraciones, su movimiento en el tiempo, su exigencia de lo absoluto.

*"Aeltestes bewahrt mit Treue,  
freundlich aufgefasstes Neue,  
beitern Sinn und reine Zwecke —  
nun, man kommt wohl eine Strecke."*

El devenir en este campo se identifica con el impulso que permite al hombre el vuelo de la trascendencia. Ciertamente, el puro dinamismo inmanente a nuestro ser vital es representación del "inequívoco genio de la naturaleza". Pues no sólo estamos en la naturaleza, sino ella se halla — inextirpable y fecunda — en nosotros; e incluso cuando actuamos contrariándola, lo hacemos con las disposiciones de atracción y repulsión que le son inherentes. Es más, la misma elevación de nuestras realizaciones por encima del plano de sus fenómenos, está condicionada y en cierto modo anticipada por su porfiado conato ascensional, contrapolo de la propensión — tan suya como ese conato — a la estabilidad y la repetición. Esta adhesión de la entraña de nuestro ser a los poderes telúricos corresponde a la relación positiva que tenemos con los mismos. La relación negativa consiste en que, no obstante participar en el devenir de la naturaleza, nuestro ser, en cuanto potencia espiritual se sustrae a su dominio : es fuente de aspiración y de libertad, existe y se esfuerza, se perfecciona y eleva o decae.

*"Immer höher muss ich steigen,  
immer weiter muss ich schaun!"*

De ahí que el destino del hombre sea buscar la proporción armoniosa entre el mundo de la naturaleza y el mundo del espíritu, sin lograrlo jamás plenamente. Esta pugna, esta psicomaquia fundamental de nuestro existir, ora esforzado, ora lánguido, dominando a las veces el espíritu y la naturaleza, aparece representada en diversas obras de Goethe, *Prometheus*, *Götz von Berlichingen*, *Tasso*, particularmente en las dos mayores, que trabajó durante gran parte de su vida : *Faust* y *Wilhelm Meister*.

Lo inmediato al hombre y lo decisivo para su existencia no es ni el devenir cósmico, representado en su sensibilidad por el instinto, ni el devenir espiritual, presente en su intencionalidad vislumbradora de lo ideal. La realidad de primer orden, asumidora de ambos, es el devenir personal. El sujeto no es sólo escenario de conflictos, sino criatura creadora, a cuyo afán de distinguir y separar, antecede la espontaneidad simple, la condición original que se despliega en el tiempo, resistiendo a la dispersión :

*"Und keine Zeit und keine Macht zerstückelt  
geprägte Form, die lebend sich entwickelt."*

A la intimidación germinal del hombre no le bastan ni el torrente de las impresiones de la realidad *concretada*, ni las interpretaciones *hechas*. Su significación metafísica se cifra en lo contrario : en ser proceso determinante y plasmador, *hacer* por excelencia. Desde el punto de vista filosófico, este nos parece el sentido de la fáustica aserción : *"Im Anfang war die Tat"*. *Im Anfang* no se refiere, pues, a un comienzo que solamente fué, aunque textualmente la frase sea una variante o paráfrasis del versículo inicial del *Evangelio según San Juan* (*In principio erat Verbum, . . .*). Se refiere a la virtud original y generatriz de la existencia humana, de todos los hombres, de cada hombre. Y *die Tat* no significa el hecho consumado, sino el hacer, la actividad del devenir. Esta manera de comprender tal proposición se apoya no sólo en el espíritu del *Fausto*, sino en el que informa casi toda la obra de Goethe. Para él, el hecho realizado y el ser cuajado nunca pueden constituir entidad primaria y menos iniciación de vida, sino término final, caída en la nada :

*"denn Alles muss in Nichts zerfallen,  
wenn es im Sein beharren will."*

La vida personal que importa a Goethe no es la del pasivo transeúnte del tiempo y del mundo, sino la intrínseca, que se empeña en lograrse y que responde por sí misma; la que en cada momento enfrenta la necesidad y el peligro, y se defiende y preserva de las asechanzas, sujeciones y desmedros anexos a la vulgaridad y la rutina; en general, la forma de vivir que prolonga en el mundo la entidad del hombre, la que acrecienta esta entidad y promueve su florecer y fructificar en todos los órdenes de lo apreciable. Es la existencia productiva y libre, con libertad que entraña dominio y ennoblecimiento propios, pues "corrompe todo lo que da independencia sin conferir señorío".

Esta jugosa filosofía del dorado árbol de la vida no podía ser concebida por un poeta contemplativo. De ahí que no convengamos en imaginar a Goethe sino como lo que fué efectiva y afortunadamente : hombre de acción varia, magnífica e infatigable, cuya situación concreta en el escenario del mundo tuvo consecuencias definitivas, en Francfort, en Weimar y en todos los muchos lugares donde, con su natural fogoso, ejercitó su fecunda iniciativa, donde adquirió caudal de experiencia en todas las direcciones de su insaciable curiosidad y donde formó su carácter, de firmeza, plasticidad y estilo casi sobrehumanos. No aceptamos, pues, esa especie fantástica de que Goethe no fué lo que debió ser, a causa de haber trocado la fría biblioteca o el oscuro gabinete del escritor por el puesto de mando.

Para dar término a nuestro breve examen de la importancia filosófica de la obra de Goethe, consideraremos un punto más : la actitud problemática :

*"Wir tasten ewig an Problemen."*

Si el poeta fáustico, intérprete de la esencia de su raza, ha contribuido a vivificar el pensamiento, y en general la cultura de Occidente, gracias a las ideas y bellezas en que se condensan las iluminaciones de su vida intrínseca, su actitud específica en materia de conocimiento ha servido para impulsar una dirección fecunda de la empresa del filosofar contemporáneo. Semejante impulso ha obrado, ciertamente, de manera indirecta, pues tanto el pensamiento de Goethe como el de Nietzsche constituyen la levadura de toda la fermentación filosófica de este siglo, particularmente en Alemania. Esa actitud goethiana a que nos referimos consiste en poner en tela de juicio tanto los resultados de la experiencia vivida cuanto las grises teorías que pretenden haber desentrañado el secreto del ser. Mas la experiencia de los fenómenos es tan frágil y fugitiva como el fenómeno mismo, y la realidad que el filósofo cree haber averiguado y formulado, se disuelve a la postre en puro simbolismo :

*"Alles Vergängliche  
ist nur ein Gleichnis."*

El hombre suspira infatigable y profundamente por aprehender lo infinito, y su existencia participa de lo que de éste se le alcanza. Pero su pensamiento sólo puede lograr imágenes, comparaciones y parábolas.

*"Und deines Geistes höchster Feuerflug  
hat schon am Gleichnis, hat am Bild genug."*

Por fuerza debe contentarse con sólo eso, pues el meollo de la realidad es un arcano. Todo lo que nos figuramos acerca del principio, la esencia y el fin de las cosas es cuestionable.

Sin embargo, el empeño filosófico no es baldío, pues la voluntad de ampliar la perspectiva de nuestra visión y de ascender cada vez más en el reino de las posibilidades de nuestra aspiración cognoscitiva, nos certifican lo efectivo del misterio así como lo auténtico y trascendente del asombro y la reverencia que esa voluntad atrevida despierta en el penetral de nuestra alma. Más aún, con eso, un mundo de significaciones y valores se abre ante nuestro espíritu, con un especial contenido de vida formadora. Lo que estimamos y admiramos es asimilado, traducido y plasmado en substancia de nosotros mismos. Ahí están las cumbres donde halla sosiego, nunca durable, nuestra ansia de la verdad definitiva frente al vaivén de las impresiones y la mudanza de las doctrinas. De ningún modo llegamos a lo absoluto, no abarcamos el todo, porque "Dios no lo ha querido". La sabiduría de Goethe se revela en aceptar la arcanidad, emprendiendo el camino de la vida religiosa ahí donde termina el sendero de la metafísica.

En conclusión, si investigamos con radical sinceridad el fundamento de nuestro saber y los asomos de absoluto que nos es dado presentir, sacaremos de nuestra experiencia viva algo que configura nuestro devenir intrínseco : un tejido sutil de esplendorosas imágenes y símbolos —*Gleichnisse*—, testimonio de la trascendencia de nuestra auténtica dilección, de nuestro anhelo infinito, al mismo tiempo que reflejo cualitativo de la materia preciosa de la cultura que da tenor y elevación a los afanes más sublimes de la humanidad entera. Así, la actitud metafísica de Goethe no incita al escepticismo, sino a que cada cual abra los ojos e ilumine su peculiar mundo de referencias y representaciones correspondientes a aquello que está fuera de su alcance.